

para calmar sus arterias que golpean, y el ruido regular del agua le calma, le hace volver en sí; pero es para recordar y para sufrir. ¡Qué mujer! ¡Qué martirio! ¡Y pensar que ha vivido treinta y cinco años á su lado sin llegar á conocerla! Sintió un estremecimiento de horror al recordar las cosas abominables que acababa de oír. Nada había dejado vivo en él, ni siquiera el orgullo que le mantenía en pie: su fe en su obra, su creencia en la Academia.

Y pensando en la Academia, se volvió involuntariamente.

Al extremo del puente solitario, ensanchado en una inmensa avenida hasta el pie del monumento, el palacio Mazarino, apretado y hecho más chico en la oscuridad, levantaba su pórtico y su cúpula como en la portada de las ediciones Didot, que tanto miraba en su juventud, y que había sido el deseo ambicioso de toda su vida.

¡Ah! Aquella cúpula y aquellas piedras, que hasta entonces habían sido causa de todas sus desgracias y en donde había buscado mujer sin amor y sin alegría, nada más que por la promesa del Instituto... Al fin tuvo el puesto ambicionado... y ahora ya sabe cómo. ¡Qué asco!

En aquel momento, pasos y risas resonaron en el puente. Estudiantes que volvían con sus queridas: temió ser reconocido; se levantó y se apoyó en el parapeto. Y en tanto que la banda pasaba por su lado sin verle, pensaba con amargura que nunca se había divertido, que jamás había pasado una noche como aquélla: dominado por la ambición siempre despierta, en marcha hacia aquella cúpula, que tenía algo de templo, y cuyas creencias y cuya solemnidad por anticipado respetaba.

¿Y qué le había dado en cambio? Nada; la nada. Ya el día de su entrada, después de acabados los discursos y cambiadas las malicias acostumbradas, había sentido la misma impresión de vacío y de esperanza burlada, y se decía dentro del coche que le llevaba á casa para quitarse la casaca verde:—«¡Cómo! ¿Ya estoy ahí? ¿Y no es más que eso?»

Luego, á fuerza de mentir y de repetir con sus colegas que era bueno y exquisito, había acabado por creerlo. Pero ahora el velo había caído, veía ya claro, y hubiera querido gritar con cien bocas á la juventud francesa:

—La Academia es una equivocación y una



especie de espejismo. Seguid vuestro camino y vuestra obra fuera de ella, y, sobre todo, no sacrificuéis en su honor nada, porque nada os ha de dar: ni talento, ni gloria, ni aquel supremo contento de sí mismo. La Academia no es un recurso ni un Asilo. Ídolo huero, religión que no consuela. Las grandes miserias de la vida os asaltan dentro de ella, lo mismo que fuera: hay quien ahí dentro se mata, y quien enloquece. Los que en su miseria se han vuelto hacia ella y la han tendido sus brazos desesperanzados de amar ó de maldecir, no han abrazado más que una sombra.

Hablaba en voz alta, desnuda la cabeza, y agarrándose al parapeto con las dos manos el pobre viejo profesor, como otras veces en su cátedra. Abajo, el río corría, matizado de reflejos nocturnos, entre filas de faroles que vacilaban con la vida silenciosa de la luz, inquieta como todo lo que se mueve, mira y no habla.

En el muelle, un canto de borracho se aleja tembloroso.

«Cuando Cupido... por la mañana... yo me despierto...»

Algún auvernés medio ebrio que se dirige á

su barco carbonero: recuerda á Teyssedro el limpiasuelos, y su vaso de vino fresco; le ve limpiándose la boca con el revés de la manga:

—En la vida, no hay más que esto.

Esta misma alegría de la naturaleza no la ha conocido, y aquella miseria se ve obligado á envidiarla.

Sintiéndose solo, sin un pecho sobre el cual llorar, comprende que aquella perdida tenía razón, y que había que hacer la maleta por última vez.

Unos guardias, á la mañana siguiente, hallaron en un banco del Puente de las Artes un sombrero de anchas alas, uno de esos sombreros que conservan algo de la fisonomía de su propietario. Dentro un gran reloj de oro y una tarjeta con el nombre de «Leonardo Astier-Rehu, Secretario perpetuo de la Academia Francesa,» atravesado por una línea escrita con lápiz, que decía: «Muero aquí por mi voluntad.»

¡Ah, sí, por su voluntad! Y mejor todavía que esta frase, escrita con caracteres largos y firmes, la expresión de su fisonomía, los dientes apre-



tados, la mandíbula saliente y violenta, decían cuán firme era su resolución de morir.

Después de una mañana de borrasca, los marineros le sacaron de las anchas mallas de una red de hierro que rodeaba unos baños para mujeres, cerca del puente.

Se le llevó á la Casa de Socorro, donde Picheral le reconoció... No era el primer Secretario perpetuo que se sacaba del Sena: análogo accidente había habido en tiempo de Picheral, padre, y casi en las mismas circunstancias. Por esto Picheral, hijo, no parecía muy conmovido: lo que más le fastidiaba era no poder esperar á la noche para llevar á Astier-Rehu á su casa; pero había que aprovechar la ausencia de la señora Astier, que había salido para almorzar en casa de su hijo. Había que ahorrarle una emoción demasiado fuerte.

Daba la una el reloj del palacio Mazarino, cuando las angarillas de la Casa de Socorro entraban, resonando el paso duro de los mozos bajo la bóveda, dejando el camino lleno de sinietras mojaduras.

Al pie de la escalera B descansaron un rato: un gran cuadrado de cielo azul se divisaba por

encima del patio, lleno de un sol que cegaba. Levantaron la sábana que cubría al muerto, y los rasgos de Leonardo Astier-Rehu se mostraron por última vez á los miembros de la Comisión del Diccionario que acababa de levantar la sesión en señal de duelo. Rodearon las angarillas, desnuda la cabeza, pero un tanto escandalizados. Se les unieron algunos curiosos, obreros, empleados, aprendices, porque el Instituto sirve de pasaje entre la calle Mazarino y el muelle.

Entre ellos, el buen Freydet, que, enjugándose los ojos, y avergonzándose de su misma idea, pensaba que quedaba vacante otro sillón.

Bajaba entonces el viejo Rehu, para hacer el paseo para la digestión: no sabía nada, y se quedó parado ante aquella multitud que dominaba desde lo alto de la escalera. Se acercó para mirar, apartando á los que querían alejarle. ¿Comprendió lo que era aquello? ¿Reconoció al difunto? Su cara continuó inmóvil, y sus ojos con la misma falta de expresión que los de la Minerva con casco de mármol. Luego, después de haber mirado bien, en tanto que se volvía á cubrir con la sábana la pobre cara del difunto,



se alejó derecho, orgulloso, con su sombra inmensa al lado, verdadero *inmortal*...

Y su cabeza, que se movía como de maniático un tanto senil, parecía decir:

—Yo he visto ya esto, yo.

FIN



